

Sistema político argentino frente a las elecciones

Conversaciones entre Marcos Novaro, Dora Orlansky y Pablo Rieznik

Bajo el título "Sistema político argentino frente a las elecciones" el comité editorial de la revista **ARGUMENTOS** convocó a participar de **Conversaciones** a los investigadores Dora Orlansky, Pablo Rieznik y Marcos Novaro. El encuentro tuvo lugar en el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires el día jueves 3 de abril, cuando faltaban 24 días para las elecciones presidenciales del 27 de abril de 2003.

Las Conversaciones constaron de tres partes: en la primera, cada uno de los investigadores expuso brevemente sus ideas centrales en torno al tema de la convocatoria; en la segunda, cada uno realizó críticas y preguntas en relación con las posiciones de sus colegas; y en la tercera, a partir de un diálogo menos pautado, se intercambiaron puntos en común, objeciones, defensas y nuevas críticas.

Dora Orlansky: ¿Qué se puede decir del sistema político argentino, frente a las elecciones, que no sea lo que todo el mundo sabe? Faltan sólo tres semanas, y en realidad es algo inédito lo que está pasando, en dos sentidos. Por un lado es una elección anticipada en términos de haber seguido un calendario electoral irregular, según los términos de los períodos electorales cumplidos. Y esto obedece a un proceso de ingobernabilidad de un gobierno que termina el 19, 20 de diciembre de 2001, y continúa con una sucesión de hechos que finalmente llega a la situación que estamos hoy, al momento político actual. Esto es algo inédito, porque la violencia que se desencadena en diciembre de 2001, la represión, es algo inédito en los últimos 20 años de democracia.

Por otro lado también hay que recordar –esto me parece excepcional– que finalmente una fecha decisiva, fue la de los sucesos del Puente Pueyrredón. Fue ahí donde la gestión de Eduardo Duhalde, finalmente, decidió llamar a elecciones el 27 de Abril de 2003, porque no se sabía hasta ese momento cuándo iba a haber una sucesión electoral o no. Yo diría que algo característico de estas elecciones es que se trata de elecciones ensangrentadas. Están teñidas de sangre, de muerte. Políticas que surgieron en estos últimos años signaron este momento que está desarrollándose con la mayor indiferencia.

Se trata de elecciones en un contexto internacional especial. Un contexto internacional en el que también se han violado las instituciones internacionales. Es decir, en los últimos años se ha producido una situación que no tuvo demasiados antecedentes recientes, que consiste en una superposición de desnaturalizaciones de las instituciones democráticas.

Las elecciones son presidenciales, aunque hay también elecciones de gobernadores, senadores y diputados. Lo interesante es que se presentan 19 fórmulas presidenciales, de las cuales solamente se están barajando cinco. Otra cosa importante, interesante, curiosa, de estas elecciones es, que de

estas cinco fórmulas, no hay ninguna coincidencia estadística por la preferencia de voto dada por las distintas empresas encuestadoras, o el gobierno, o los servicios o lo que fuera. Son difíciles de explicar las distancias, contradicciones y contraposiciones que superan la cuestión metodológica. Estas cinco fórmulas que se barajan también tienen otra característica, y es que después del desprestigio de la clase política, de las movilizaciones, asambleas populares, etc., no se presentó ninguna opción, no hubo cambio de liderazgos populares, ni en las instituciones, ni grandes innovaciones de organización. Llama la atención esta situación de chatura, de planicie incierta. Porque no se trata de una situación de estabilidad.

Entonces, de las cinco fórmulas, como todos sabemos, tres de ellas son la eclosión, la implosión mejor dicho, del Justicialismo, y las otras dos, en gran medida, provienen del Radicalismo. El propio Partido Radical se erosionó y se desprestigió por la acusación de los fraudes en las elecciones internas de la UCR. Se presenta una situación bastante atípica. Las cinco fórmulas son: la que encabeza Carlos Menem, la que encabeza Adolfo Rodríguez Saá, la que encabeza Néstor Kirchner, el ARI de Elisa Carrió, y la de Ricardo López Murphy. Estas son las brechas que hay, las intenciones de voto son tan extravagantes que entraron en crisis todas las apreciaciones sobre lo que los encuestadores puedan decir.

En resumen, tres fórmulas son el resultado de la implosión justicialista. Las otras dos son, en cierta medida, la expresión del deterioro de la Alianza que gobernó con Fernando de la Rúa. Una sexta fórmula, la de la UCR, casi resulta inexistente. Quiero señalar que todo indica que será la primera vez que habrá ballottage. Además, bastaría con que cualquiera de las dos fórmulas más votadas renunciara, para que, más allá de las cifras existentes, saliera automáticamente la otra, porque no habría disputa electoral en una segunda vuelta.

Sería la primera vez que el sistema de ballottage se implementaría, aun cuando podría haberse aplicado con la reforma electoral de 1972 en las elecciones de 1973, cuando Ricardo Balbín resultó derrotado por Héctor Cámpora, quien obtuvo el 49 por ciento de los votos. El sistema de ballottage reemplaza desde 1994 al sistema indirecto - el de la elección de una Junta Electoral - en cuyo seno tenía lugar la votación final de la fórmula presidencial ganadora.

Así llegó Arturo Umberto Illía con muy pocos votos, con menos del 30%, a la presidencia. Porque en ese momento se aplicaba la Constitución reformada de 1957 y era la primera minoría.

El ballottage también anticipa una cierta tensión en cuanto al resultado. Porque por un lado no hay antecedentes de su aplicación y, por otro lado, el contexto político se insinúa sumamente dudoso, enturbiado por elecciones que no se han podido dirimir en las internas del Justicialismo, por el fraude (en las internas del Radicalismo) y la violencia inescrupulosa en otras experiencias electorales (internas Justicialistas en Catamarca), y agudizado porque el pronóstico de la distancia entre los dos primeros puestos (y también entre el tercero y el cuarto) no parecen muy amplias.

No hay claridad respecto a las proporciones que se obtendrían. Todo hace pensar que no habrá mucha diferencia y que habrá segunda vuelta.

Suponiendo que se llegara a esta situación, y hubiera una segunda vuelta, salvo que renuncie una de las fórmulas, tampoco está claro cuál sería la aceptación o reacción si en la primera vuelta sale una fórmula que después no resulta primera en la segunda vuelta. En las experiencias internacionales, el caso más cercano es el de las últimas elecciones en Francia. En la segunda vuelta ganó Jacques Chirac pese a que en la primera vuelta tenía menos votos que Jean-Marie Le Penn.

Otro ejemplo, es el de las elecciones de Chile recientemente. Los porcentajes de los dos competidores, Ricardo Lagos y Joaquín Lavín, tenían una insignificante diferencia de décimas. El resultado se decidió con toda disciplina en la segunda vuelta.

En el caso de las próximas elecciones en Argentina, el proceso y su resolución son preocupantes. Bajo una situación de emergencia económica y social sin precedentes, el sistema político presenta un futuro incierto.

Pablo Rieznik: Para iniciar esta conversación quiero formular cinco puntualizaciones respecto al tema que nos convoca: dos comentarios sobre el sistema político, dos comentarios relativos a su relación con el fenómeno electoral, y una conclusión. Pretendo destacar así, sintéticamente, lo que me parece que son los aspectos estructurales de la cuestión sometida a debate.

El primero de esos comentarios. Para omitir equívocos, al sistema político lo concibo como el conjunto de partidos, instituciones y liderazgos comprometidos con el panorama de bancarrota económica y destrucción social que ha habido en el país. Que se encuentra por lo tanto en un proceso ciertamente terminal. Este dato que me parece insoslayable y que expresa el agotamiento de formaciones políticas históricas, como el PJ y la UCR, pero además es un fenómeno que arrastró a las llamadas terceras vías, al modo del Frepaso o la Alianza, y que no fueron otra cosa que intentos de "recauchutaje" del propio sistema, condenados vertiginosamente a un estruendoso fracaso. Dicho sea de paso, una experiencia que contó con el apoyo entusiasta de lo que sería el *establishment* académico universitario oficial.

Segundo comentario: la descomposición del régimen político no debe remitirse a crisis de representación, en el sentido histórico y conceptual del término. Es una estrechez formalista. La raíz del derrumbe actual se encuentra en una crisis histórica del orden social. Es decir, de las relaciones capitalistas de producción y en este sentido la crisis argentina traduce, con su enorme especificidad, un fenómeno más general que constituye el signo de la época, caracterizada por convulsiones económicas y catástrofes humanas realmente sin precedentes como la que se cristaliza hoy en la bárbara invasión imperialista contra Irak.

Tercer comentario: en este contexto las elecciones constituyen para el sistema político un intento de rearmar la autoridad del estado y el régimen, minada por la rebelión popular y el "que se vayan todos" que establecieron los acontecimientos de diciembre de 2001: la apertura de lo que tenemos que denominar como una nueva etapa histórica en el país. Es decir, las elecciones son un intento de reconstruir la política que condujo al desastre de 2001. Esto se revela en la confesión de fe de los principales candidatos del sistema, en

favor de un capitalismo más o menos sano, más o menos nacional, más o menos social, que pregonan los seis representantes visibles, de izquierda a derecha, del espectro electoral, es decir, de Carrió a Lopez Murphy y Menem. O lo que es lo mismo su negativa común a revertir el colapso actual con medidas confiscatorias a los responsables de la mayor confiscación nacional y social de la historia argentina, es decir, la gran banca y las corporaciones monopólicas nacionales y extranjeras.

Cuarto comentario: este mismo sistema político está condenado a reproducir las condiciones de su propia impotencia y caducidad histórica. Una realidad que ya se muestra en la disgregación de las candidaturas del sistema, todas ellas carentes de respaldo popular –ninguna sobrepasa en las encuestas, y en el mejor de los casos, un apoyo del 20% del electorado.- En consecuencia las elecciones van a ser un episodio de la crisis general, si se las considera tanto a la luz de otras experiencias recientes en países vecinos, - un caso paradigmático sería Bolivia- como de las tendencias explosivas del escenario nacional.

Conclusión de estos cuatro comentarios: me parece muy importante enfatizar el hecho de que el carácter cadavérico del sistema político actúa como abono del terreno para la emergencia de una alternativa al sistema político que pienso que está presente en el sujeto social puesto en acción por medio de la revuelta popular. Ese sujeto es, o integra, las asambleas populares, las organizaciones piqueteras, las fábricas ocupadas y los sindicatos combativos. Su desafío es establecer el programa que corresponde a una Argentina renovada y a la organización social, política y económica que le sería pertinente. En términos pedagógicos, pasaje de una Argentina bajo la dirección de la burguesía parasitaria a una Argentina gobernada por la clase productora y las víctimas de la explotación capitalista. Una tarea, no quiero dejar de subrayarlo, que me parece propia de un partido político.

Son estos cinco grandes puntos de partida los que ameritan una consideración de orden más coyuntural. Como agregado final digo que no hay que excluir de este panorama que las elecciones sean el escenario mismo de un agravamiento de la crisis política. Dado el antecedente de Catamarca. Puede estar presente el elemento de fraude durante todo el transcurso de los comicios, por sobre todo como consecuencia de una muy escasa diferencia entre algunos de los candidatos, lo cual podría abrir el panorama político con alternativas que en este momento parecerían... aparentemente excluidas.

Marcos Novaro: Bueno, yo comenzaría por distinguir dos interpretaciones que me parecen polares respecto de la naturaleza de la crisis que se desata en diciembre de 2001, una que considera la crisis como una oportunidad para el cambio. Esa idea es la predominante en los primeros meses, y desata una serie de discusiones, que tienen sobre todo un grupo entusiasta en sectores de izquierda, pero también en los grupos intelectuales y grupos recientemente radicalizados, que encuentran en la crisis una cristalización o una condensación de frustraciones que dan lugar a la expectativa de un nuevo comienzo, de empezar de cero. Con respecto a esta primera hipótesis sobre la crisis, hay dos cosas por decir: una es que evidentemente si hubo oportunidades para el cambio ellas se desaprovecharon

en gran medida. Fundamentalmente porque no hubo actores adecuados para desarrollar estrategias que sacaran provecho de esas oportunidades.

Sin duda que en este pensamiento el colapso de partidos conformistas – fundamentalmente el Frepaso, pero también el Radicalismo– que están precisamente en el foco de la crisis. Pero también la debilidad de otros actores sociales y políticos que desarrollaban algún tipo de activismo en ese período, pero no fueron capaces de vincular ese activismo con estrategias a largo plazo. El carácter extremadamente limitado de los recursos políticos, sobre todo de grupos como el ARI y otros grupos más a la izquierda, creo que queda bastante de manifiesto en esa situación. De todos modos me parece que más allá de ese desaprovechamiento de oportunidades, se sobrestimaron las posibilidades de conexión entre crisis y cambio. Que esas demandas – que en todo caso eran demandas de protección para los ahorristas, las demandas de desocupados, etc. - podían traducirse inmediatamente en demandas de cambios radicales, es ilusoria.

Y ello nos lleva a la segunda hipótesis, que es la que a mí me resulta más simpática, que es: la crisis fue en verdad una enorme oportunidad para el desastre, y ese desastre en gran medida se produjo por la muy mala situación en la que quedaron colocados los actores políticos predominantes en el contexto de la crisis. Sobre las dificultades que enfrentaron el Radicalismo y el Frepaso desde el inicio de su gestión, no creo que tenga sentido volver, y la fragmentación del Peronismo, que alimentó una serie de comportamientos no colaborativos entre ellos y especulativos con respecto de la crisis, que generaron esa situación de crisis simultánea en el terreno político, económico y social.

De todos modos creo que a partir de que empiezan a procesarse los resultados, los costos de las crisis en los terrenos económico y social, creo que hay que tener en cuenta el hecho de que el peronismo, como en tantas otras oportunidades, resultó un instrumento eficaz de gobierno para contener dentro de ciertos límites ese desastre que efectivamente se produjo pero que podría haber sido mucho peor en todos los terrenos. Sin duda que el deterioro de la vida institucional, de la paz social y de los mecanismos de control de la violencia y demás es grave, pero sin duda que si no hubiera sido posible dentro del Peronismo componer un comienzo mínimo de contención de la crisis, ese proceso se hubiera deteriorado mucho más y probablemente hubiera llevado en forma mucho más irreversible a una crisis política e institucional.

Entonces creo que esa evaluación de los costos de la crisis no puede dejar de tener en cuenta el grado importante en que el peronismo logró actuar como mecanismo de contención de la crisis, como un conjunto de actores institucionales que más allá del modo en que habían tratado de sacar provecho de la crisis, sobre todo en los primeros meses, posteriormente adoptaron un comportamiento que uno podría denominar de una mínima responsabilidad institucional

Así la orientación de la crisis tiene un carácter eminentemente conservador y en gran medida esa disposición conservadora que adoptan muchos actores está justificada por la debilidad de las fuerzas del cambio, y por lo tanto lo que es posible esperar en este momento es la reproducción de las rigideces del sistema político que ya conocemos del pasado y que

probablemente se replanteen en condiciones de gobernabilidad, de problemas económicos y sociales, como así también de los propios problemas institucionales, más urgentes. Y si decimos rigideces de la crisis tenemos que tener en cuenta dos, que son importantes y que la crisis ha afectado en modo muy diferente. Uno tiene que ver con los problemas de gobierno en el ámbito nacional, que refieren a las posibilidades que tendrá cualquier actor que llegue al Ejecutivo Nacional de resolver el problema fiscal y el problema de la deuda. Son problemas que durante los años ´90 el Peronismo no resolvió, o resolvió de forma inconsistente, y a la larga insostenible, y que se vuelven a plantear para quienquiera que gane. La fragmentación de las fuerzas políticas que advertimos, no creo que sea necesariamente duradera, que el Peronismo no recomponga una fórmula de unidad, y que ello no suceda con el Radicalismo. No creo que se pueda pensar en el agotamiento de esas fuerzas políticas, pero sí me parece que esas fuerzas políticas van a tener que resolver algún tipo de consenso sobre dos temas que son muy difíciles de encarar, y que no se han podido resolver desde el inicio de la transición democrática, y que es cómo se paga la deuda y cómo se financia el estado, dos problemas además muy estrechamente vinculados entre sí.

El segundo problema que me parece será el nudo de una cantidad de dificultades para el futuro gobierno, es la relación entre nación y provincias. Está atado a una serie de rigideces institucionales, que van a mantenerse, si no agravarse, en los próximos tiempos. Y que tienen que ver por un lado, con la sobrerrepresentación de las provincias chicas; la capacidad de veto que esas provincias tienen sobre las decisiones en el ámbito nacional; su representación en el Congreso; el control que ejercen sobre sus representantes en el Congreso Nacional y el hecho de que los partidos nacionales funcionan como coaliciones de caudillos locales que tienen asegurada su base de reproducción política en su provincia.

Lo más llamativo de esta crisis es que es una crisis terrible en la Ciudad de Buenos Aires, pero que si uno va al interior del país advierte que es vista a una distancia considerable, en muchas provincias directamente es algo que se experimenta por televisión. Hay situaciones provinciales extremadamente diferentes, y hay muchas provincias que no tienen ningún interés en participar de la asignación de costos que supone resolver algunos de los problemas del gobierno nacional y algunos de los problemas de la vida económica y social de las grandes ciudades. Veo que esa situación va a mantenerse, y va a ser muy difícil para cualquiera que llegue al gobierno lograr forzar un comportamiento colaborativo por parte de las provincias para resolver esas cuestiones.

Dora Orlansky: Efectivamente estoy de acuerdo con lo que dice Marcos Novaro: se fueron postergando decisiones para el próximo gobierno. La cuestión de la negociación de la deuda, de cómo se encara el tema de los compromisos internacionales, etc.

Pero lo cierto es que el próximo gobierno, visto por donde se mire, será un gobierno sumamente débil. No se sabe cuántos pero podría tener una cifra de voto en blanco en la primera y/o en la segunda vuelta. Eso también achica la legitimidad de representación que podría tener.

Entre los temas estructurales que tiene que encarar, está primero, como dijo Marcos, el tema de cómo se financia el Estado. Es un problema sin resolver durante por lo menos 40 ó 50 años. La presión de los impuestos sobre los ingresos y los bienes personales, esta proporción que pagan los argentinos sobre el PBI - comparado con cualquier otro país de América Latina - es muy baja; en Brasil es mucho más alta. Me baso en datos de CEPAL. Las cuestiones de la distribución del ingreso y de cómo el Estado puede desarrollar las tareas mínimas no están resueltas.

Hay transformaciones pendientes y se van sumando otras, como una bola de nieve, y la capacidad es cada vez menor, y la gobernabilidad por lo tanto, se presenta como un interrogante.

Pablo Rieznik: Bueno, un primer comentario: metodológicamente no me parece correcto hablar de oportunidad para el cambio y oportunidad para el desastre como elementos antagónicos. No hay ninguna posibilidad de cambio si no es precisamente como consecuencia del desastre. Así están dadas las cosas y uno no elige el terreno en el cual actúa. Me parece que una limitación grande, subrayada ya hace mucho tiempo por la ciencia social es no ver en la miseria más que miseria, en la pobreza más que pobreza, en la descomposición más que descomposición. Siempre el deterioro, el entierro del viejo orden, aumenta, estimula, requiere, una alternativa superior, lo cual naturalmente no garantiza que ese proceso sea automático y mucho menos tranquilo.

Hecha esta consideración, retomemos algunas cuestiones puntuales aquí mencionadas. Por ejemplo: ¿la izquierda desaprovechó la situación? Posiblemente. Este movimiento social, en mi opinión, tendría que madurar políticamente para pasar de un plano reivindicativo, de lucha, tan combativo en el último período, a transformarse en el liderazgo nacional que requiere una transformación de alcances revolucionarios. Esa maduración se hace a través de idas y vueltas, de tropiezos, caídas y levantadas, y es un camino extremadamente sinuoso.

El segundo comentario tiene que ver con algo que es muy normal en nuestro medio. Marcos dijo que el Peronismo fue eficaz en cierta contención de la crisis; y es cierto que agregó que lo hizo de una forma extremadamente conservadora. Ahora, ¿cuál es el contenido aquí de la palabra eficaz? Es muy interesante este análisis, porque yo quiero señalar que esta interpretación, en mi opinión, lamentablemente, ha sido tomada por gran parte de la izquierda latinoamericana, y en particular por el PT brasileño. La izquierda del PT brasileño, que vio en los acontecimientos argentinos de diciembre de 2001 nada más que miseria, nada más que tragedia y nada más que bancarrota, en resumen, nada más que un país que se disolvía. Y frente a eso siempre era mejor firmar por ejemplo con el Fondo Monetario Internacional, para evitar tocar fondo y, por supuesto, en nombre de la eficacia. Con este razonamiento el PT empezó a considerar que lo "progresista" era acordar con el FMI y mantener la política "neoliberal" de Fernando Henrique Cardoso. Estamos asistiendo ahora a esta aberración y a un gobierno que pasó a ser el ideal de Ricardo Lopez Murphy.

¿Cómo se mediría si el gobierno de Duhalde fue eficaz?. Si uno toma en cuenta lo que en el imaginario popular se llama política entreguista - la fuga de capitales, el pago de capital financiero, la contrapartida de empobrecimiento popular, etc.-, la administración actual ha sido la más entreguista grande toda la historia. Peor que la de Carlos Menem y peor que la de la Alianza. ¿Por qué? Porque en la época del menemismo y en la época de la Alianza la fuga de capitales y los pagos que se hicieron al capital financiero tenían como contrapartida nuevos créditos. Naturalmente el crecimiento de la deuda nos llevaba a una situación explosiva, pero por cada dólar que salía había otro dólar que entraba. Este año se ha quebrado el récord histórico de que un saldo comercial enorme, más las reservas acumuladas por un país quebrado, un total del orden de los 20.000 millones de dólares; esto en medio de un panorama de miseria que no necesito describir. La Universidad, para tomar un caso ha sufrido ahora, con Eduardo Duhalde, el recorte que no pudo hacer Ricardo López Murphy en el 2002. Basta comparar la cifra del presupuesto del año 2003 con la de 2001 para verificar que, simplemente por efecto de la inflación, se ha reducido alrededor de 40%. Entonces ¿cómo podemos hablar de eficacia del gobierno del PJ?

Un comentario final con relación a algo que pareciera la clase de problemas que en mi opinión, desde el ámbito de la intelectualidad, se complican más de lo que debieran. No hay ningún problema de financiamiento del estado. Si se elimina el subsidio a los confiscadores, si se elimina la enorme cantidad de prebendas otorgadas a los bancos y grande grupos económicos, se acabó el llamado problema fiscal. Inclusive hay estudios hechos ahora, que para salir del problema que se mencionó acá de la deuda, en la órbita de las relaciones sociales vigentes habría que confiscar otra vez algo así como 4% del PBI anual, entre 5.000 y 7.500 millones de dólares, para hacer un *roll over* que permita resolver el tema del *default*, de acuerdo a la escala de esa necesidad de dólares que serán comprados con recursos fiscales, que ocuparán prácticamente 30, 40 ó 50 % del presupuesto público. Claro, así sí tenemos un enorme problema fiscal. Es más de lo mismo, es la pura lógica de la sin salida de la economía capitalista. Un sistema social agotado. De otro modo, ¿cómo es posible que este país, que produce alimentos para 300 millones de habitantes – y dije actualizado por la guerra de Irak porque tiene la tercer reserva hídrica del mundo – esté como esté? Es sólo por un problema de orden social.

Marcos Novaro: Me parece que el comentario que hacía Rieznik recién sobre lo que había dicho yo, no responde a una diferencia metodológica. No creo que deba sorprenderse por esa diferencia ni atribuirle a cuestiones metodológicas cuando en realidad es una diferencia claramente ideológica. Rieznik propugna un tipo de solución socialista de la crisis y yo no, yo creo que la única solución que tiene este país es que funcione bien el capitalismo, porque más allá del capitalismo no hay nada, está el desierto. Y para que funcione bien el capitalismo tienen que suceder ciertas cosas que no están sucediendo.

Hay que ver quiénes son los que pueden hacer que esas cosas sucedan, y me parece en ese sentido que tiene poco de discutible la notable eficacia del

Partido Peronista para gobernar, respecto de otras alternativas que hemos tenido y que no han tenido esa eficacia. Es claro que eso responde a distintos motivos, y es cierto que uno puede tratar de que esas cosas cambien, pero no puede dejar de advertir que ese es un problema presente y es un problema que vamos a tener en el futuro y por bastante tiempo. Yo volvería sobre esta cuestión de los partidos y del agotamiento o no de los partidos políticos, me parece que lo que hay que tener en cuenta es algo que decía Dora al comienzo, la enorme mayoría de la gente va a votar: candidatos peronistas o semi radicales, que de una forma u otra forma van a tender a formar algún tipo de coalición para gobernar y algún tipo de coalición para hacer oposición.

Esta situación puede parecerse bastante a situaciones que ya hemos vivido, es muy probable que los cambios en el terreno de la vida política no sean muy grandes, y que algunas de las dificultades que ya conocimos sigan presentes y aún estén agravadas. Y me parece entonces que hay que prepararse para un largo período donde las dificultades van a ser más o menos las mismas que ya conocimos.

Y un último comentario sobre el tema de Lula Da Silva. Yo no creo que Lula haya sacado ninguna conclusión del caso argentino, me parece que Lula sacó muchas conclusiones del caso brasileño, y las fue sacando a lo largo de los años, no durante los últimos meses, y es interesante volver sobre el caso brasileño, porque durante cierto tiempo después de la elección y en las semanas iniciales hubo cierta euforia local respecto de lo que podía llegar a hacer Lula.

Afortunadamente Lula no intentó hacer nada de eso que despertaba tanta euforia en la izquierda local, y está haciendo algo que es bastante razonable, y yo espero que le vaya bien, creo que buena parte de los socialistas brasileños también esperan que le vaya bien, teniendo en cuenta que las vías que existen en este momento para países como los nuestros, de América Latina, que tienen graves dificultades de crecimiento, de endeudamiento, de gobernabilidad, tal vez exigen una reducción muy grande de las expectativas a evitar daños mayores. Yo creo que va a ser muy difícil para Lula tener éxito, y probablemente sea aún más difícil para Lula y el PT demostrar que teniendo éxito han logrado algo que vale la pena, que es evitar daños mayores. Que es algo que enfrentan muchas veces los gobiernos. Para la crítica es muy fácil decir que traicionaron las promesas, pero en verdad lo que tienen que probar los políticos es que han hecho las cosas de un modo de evitar daños que efectivamente podían producirse. Y en ese sentido creo que al menos algunos gobiernos argentinos también han tenido exitosos resultados. Por eso yo creo que, dentro de todo, el gobierno de Eduardo Duhalde no ha hecho las cosas tan mal.

Dora Orlansky: Hay muchas puntas sobre las discusiones posibles. Una es la cuestión de los recursos. Durante muchos años, el estado argentino no ha recaudado los recursos de una manera equitativa, aumentando por eso la desigualdad en la distribución. Y esto tiene que ver con el modo de su financiamiento. Hemos sido condenados al endeudamiento por muy malas gestiones de gobierno, que son exitistas mientras ocurre la afluencia de los recursos, y que luego conducen a la ciclomotía de la pobreza. Se puede

demostrar que la situación - que ahora se vive de una manera muy dramática- se ha repetido por lo menos desde los años ´40.

Otro tema que alguna vez habría que desarrollar es el de la eficacia en política. No sé si habría un consenso universal en aceptar que en política la eficacia de gobierno consista en que "las cosas funcionen", no importa muy bien cómo. Se dice que las gestiones justicialistas lo logran. Me preocupa en vistas al futuro. A un futuro posible. Porque a pesar de todo, no creo en que la única solución sea el apocalipsis y el surgimiento del socialismo por la crisis total del capitalismo. En mi opinión, hay problemas políticos, económicos y sociales que sí se pueden resolver dentro del modo de producción capitalista.

Pero la sensación de falta de integridad que se permite la política argentina, me parece muy característica de la política argentina; no importa cómo, no importa que las cosas se resuelvan con clientelismo si a través del mismo se consigue la paz social. Creo que hay algo que es necesario sincerar. Me refiero a la discusión sobre la eficacia, como la capacidad de mantenerse en el poder, de asegurarse la permanencia. Tengo una reserva moral sobre esta cuestión. No puedo admirar esa eficacia. Es lo que discutiría a fondo; alguna vez habría que discutirlo. ¿Qué quiere decir que el gobierno de Eduardo Duhalde lo está haciendo bien, si es una habilidad que depende de condiciones dudosas?

Marcos Novaro: A mí no me parece que haya que hacer objeciones morales, porque estoy tratando de describir un proceso donde hay distintas alternativas y finalmente se produce una contención de la crisis por la movilización de ciertos recursos políticos por parte del Peronismo, y eso no supone en juicio de valor respecto si es bueno el modo en que se hacen las cosas, sino que una de las responsabilidades de los actores políticos es tratar de gobernar. Hay actores políticos que lo logran y otros que no lo logran. Eso en cierto sentido es un juicio de valor de la eficacia de los actores políticos, está limitado a eso. Uno puede agregar una visión crítica respecto de distintos modos de gobierno, y ahí sí entonces la discusión es otra y no ya sobre la eficacia en términos de gobernabilidad sino en términos de la calidad institucional, pero creo que no estábamos discutiendo eso. Yo agregaría que durante cierto tiempo muchos nos convencimos de que se podía tener eficacia con otras fórmulas de gobierno, y se trató de conformar una coalición que iba a gobernar de un modo más responsable de lo que lo había hecho el Peronismo en los ´90. Descubrimos finalmente que no solamente no tenía eficacia para gobernar sino que en gran medida recurría a los mecanismos tan poco transparentes y moralmente indefendibles como los utilizados por el Peronismo. Entonces sí hay una diferencia entre la eficacia y la no-eficacia, y sí hay una diferencia entre los enunciados morales y lo que son las prácticas políticas reales.

Un plano de discusión es el de la eficacia gubernativa y otro el de las formas de gobierno. Esos son planos diferentes, hay que reconocer las diferencias y que los dos tienen importancia. Hay quienes saben gobernar y quienes no saben gobernar, y hay quienes además de no saber gobernar lo intentan de mal modo. Nosotros tuvimos experiencias de los dos tipos, creo que merece crédito aquel que por lo menos hace las cosas, merece crédito por

lo menos en eso. Porque en Argentina si no hubiera existido un actor político como el peronismo, capaz de contener la crisis las cosas habrían sido peores. La experiencia de Perú, de Venezuela, de otros países, muestran cómo esas cosas pueden ser aún peores. Creo que al peronismo hay que reconocerle por lo menos eso, porque si no, uno no entiende por qué van a seguir gobernando durante veinte o treinta años. Yo no creo que el problema sea el clientelismo. En cierto sentido es una educación política. Una buena parte de la sociedad entiende que el peronismo es un recurso de gobierno, y entiende que otros actores no lo han sido. Por lo tanto actúa en consecuencia.

Pablo Rieznik: Simplemente quiero agregar una nota final a esto, la eficacia remitida a una suerte de racionalidad entre medios y fines que gira en el vacío me parece que es un debate sin horizontes. Finalmente Eduardo Duhalde puede haber hecho cosas peores que la gestión anterior y no fue volteado como en diciembre de 2001, porque tuvo la habilidad, entre comillas, de darle \$150 a dos millones y pico de personas y eso lo tornaría más eficaz, lo haría encarnar una gobernabilidad que sus antecesores no supieron mantener. Definida en esos términos no me interesa. Pero eso me sirve como introducción a un problema de método. Yo creo que no se puede zanjar un debate diciendo "bueno, pero partimos de marcos ideológicos diferentes". Marcos me señala: "yo soy partidario de la solución capitalista y Pablo Rieznik de la solución socialista". Pero, el que plantee una salida capitalista tiene que ver en qué forma se resuelven los problemas fundamentales de la población y con qué alcance. Por ejemplo, Lula dijo –y van a ver los planos del análisis- que su meta era dar de comer - desayuno, almuerzo y cena - a no sé cuántos millones de brasileños. Es partidario de un capitalismo bueno, si se lo puede plantear así como Marcos. Pero si Lula sigue con la política que hasta cierto punto aquí ha sido tachada de eficaz, no van a desayunar, no van a almorzar y no van a cenar. ¿Qué capitalismo sano puede establecerse en los términos de un programa del FMI?

En otro plano se puede agregar todavía algo más. Frente a un panorama del mundo donde en Brasil se desarrolla una subespecie humana, fruto de la desnutrición y la pobreza llevada a extremos inauditos, uno parece tener que rendirse ante la evidencia de una promesa casi revolucionaria. Pero, al mismo tiempo, que en el siglo XXI, a 30 años del hombre llegado a la Luna, con la informática y la robótica, la humanidad se proponga como *desideratum* que se coma... Aún siendo loable que se logre ¿no podemos ser, incluyendo a la Universidad, un poquito más escatológicos, en el buen sentido de la palabra? ¿Qué contestamos? Hago mención a esto porque creo que más allá de las diferencias ideológicas lo que no hay en la vida intelectual es una comprensión adecuada de lo que es el agotamiento histórico de una relación social, que produce este tipo de cosas que señalo. ¿Por qué no podemos ser más profanos? El gobierno de Eduardo Duhalde le da \$150 a los desocupados, y le da 100 millones por mes de subsidios a las empresas de transportes, 120 millones por año, entre la tercera parte y la mitad de lo que exige que la gente desayune, porque convengamos que con \$150 desayunar, almorzar y cenar es muy difícil. Me parece que la discusión es posible, no debe ser eliminada en razón de divergencias ideológicas.

No quería concluir sin mencionar que me inscribo entre aquellos que nunca vieron con entusiasmo lo que el diario derechista *O Estado de Sao Paulo* calificó de metamorfosis del PT. Entonces, para hacer un aporte conceptual, quiero decir que el de Lula no es un gobierno del PT. Lula llegó al gobierno, pero llegó como gobierno de las fuerzas tradicionales de Brasil, cosa que se prueba en el hecho de que el núcleo duro del gabinete son elementos de Fernando Henrique Cardoso junto a un neoliberal del PT en el Ministerio de Economía. El Banco Central, el Ministerio de Industria, el Ministerio de Agricultura, están en manos de representantes del gran capital, incluso algunos resultaron electos en la lista de Fernando Henrique Cardoso.

Dora Orlansky: estoy segura que la experiencia de Lula es una experiencia ilustrativa para la Argentina, a pesar de los desacuerdos que tengamos en esta mesa. Creo que a partir del día 25 de mayo (día en que asuma el nuevo gobierno) nadie puede dejar a un lado la experiencia de Brasil. Es cierto, tiene una heterogeneidad en su clase política dirigente muy evidente, explícita y las decisiones que ha tomado han sorprendido a muchos, a ambos lados del espectro político, en cuanto a la política interna, la política internacional, las decisiones económicas. No sabemos qué suerte tendrá. Pero sería hasta ahora a tomar en cuenta para nuestro gobierno próximo.

Pienso que los cambios son también el resultado del aprendizaje. Es más, ahí pongo un punto de diferencia: no invoco la necesidad de que una utopía reemplace a otra, que sea necesario el derrumbe y la crisis para provocar un cambio. Creo que la gente aprende, y que hay formas diferentes de cambio. Creo que los aprendizajes son procesos inexorables que ocurren a pesar de los modelos que sostengamos.

Pablo Rieznik: quiero tomar la referencia que hizo recién Dora para aclarar algo que si fuera malentendido me pondría muy incómodo. Yo no soy partidario de que cuanto peor, mejor. Mi referencia al derrumbe y al cambio tiene otra connotación que habría que desarrollarla. Hay una tendencia a catástrofes civilizatorias que está inscripta en las tendencias y en las leyes del mundo en que vivimos. Y evidentemente como en el hombre hay capacidad de aprendizaje yo espero que las lecciones de esto sean procesadas lo más rápidamente posible, pero sirve para una conclusión final sobre la crisis: a mí me parece que la distancia que hay entre el elemento objetivo del derrumbe y la capacidad humana, subjetiva, de superarlo, es muy grande. Si no, viviésemos en un mundo de ilusión. La tarea humana también es tratar de achicar como sea esas distancias, a riesgo de que –como estas elecciones lo van a probar– nos arrastremos en la reiteración.

Dora Orlansky: otra cosa que también quería señalar – y que sería motivo de otra discusión— es si hemos pensado alguna vez en la relación entre el PJ y el PRI mejicano. Y, por lo tanto, en cuáles serían los distintos mecanismos, los distintos dispositivos a través de los cuales se logra esa eficacia para constituirse en el partido gobernante hegemónico. Ya durante el primer gobierno de Menem se podía atisbar un destino similar. Si bien después hubo renovación del partido de gobierno en Méjico, lo cierto es que en la

actualidad convendría repasar la comparación del Justicialismo con la tendencia histórica del PRI en el poder.

Marcos Novaro: A mí me parece que una de las cosas que habría que pensar de aquí en más es el modo en que se reflexiona sobre la experiencia argentina de estas dos décadas de democracia, que me parece que va a ser una de las tareas durante los próximos años para los científicos sociales en general, va a haber una discusión muy profunda sobre el pasado reciente a la luz de las experiencias inmediatas. Eso puede ser provechoso, también puede ser un poco engañoso, porque una de las primeras reacciones que se advierten es que a partir de la crisis del consenso predominante, se produce una crisis del *establishment* académico –aunque, pensándolo mejor, no lo llamaría *establishment*, porque es difícil hablar de *establishment* académico en un país donde la academia no existe como corporación–.

Hay una crisis del consenso que predominó en la intelectualidad y en las ciencias sociales, desde 1983 en adelante, que fue un consenso en cierta medida muy provechoso, porque permitió reelaborar la experiencia de la dictadura y comprender muchas de las dificultades que tenía la nueva democracia, un consenso también en gran medida autoengañoso, en el sentido de que muchas de las novedades que traía la democracia se exageraron y muchas de las dificultades no se comprendieron en forma acabada. Entonces de la crisis de ese consenso ha resultado una versión tal vez más simplista todavía, y es que tenemos que empezar de nuevo, que el 2001 tiene que ser el fin de una especie de ilusión engañosa que fue la transición democrática, y que es posible empezar de nuevo criticando en bloque todo lo que ha sido la historia argentina ya no desde el 83 en adelante sino desde el 76 en adelante, que ha habido un cuarto de siglo signado por el neoliberalismo, y que entonces ahora hay que criticar ese pensamiento y empezar de cero, con un nuevo proyecto de país. Creo que esto es extremadamente simplista y que sería un grave error pedirle a la democracia argentina que funde una nueva sociedad, que funde una nueva economía. Sería una tarea imposible para la democracia y traería una inflación de demandas que difícilmente va a contribuir a cambios progresivos. Mucho más va a contribuir a frustraciones. Me parece que el problema es de nuevo elaborar algún tipo de consenso más moderado, más reformista, sobre todo menos exagerado en términos de expectativas respecto de lo que es posible hacer, y para eso creo que todavía muchos de los elementos del consenso del '83 son útiles.